

Una IU para un nuevo país Construyendo un movimiento político y social socialista, feminista y ecologista

XI Asamblea de Izquierda Unida

¿Cómo caracterizar la crisis de régimen en la actual coyuntura social y política?

Crisis de régimen

La crisis económica de 2008 pone en evidencia un fin del ciclo iniciado con los consensos de la transición, y provoca una verdadera crisis del régimen. Estos consensos sociales derivados de una idea que relacionaba a Europa con la democracia y la mejora de la calidad de vida, y a la monarquía con la estabilidad y la paz, se resquebrajaron como consecuencia de los efectos directos de la crisis (desempleo generalizado, pérdida de poder adquisitivo por parte de amplios sectores populares), y de la ofensiva mediática y judicial que puso el foco en la corrupción de las estructuras políticas bipartidistas y de sus aliados nacionalistas. Al fin y al cabo, en las últimas décadas la corrupción ha sido funcional al modelo de crecimiento especulativo, estando muy vinculada al sector de la construcción y siendo además la corrupción el idioma común que han usado las élites económicas y las élites políticas.

Otro de los aspectos del régimen del 78 es el absoluto desprecio al medio ambiente, mostrando una voracidad sin límite en busca del beneficio de una minoría. La ley de costas, la política de trasvases, la realización o recrecimiento de pantanos, el desarrollo de estaciones de esquí, la falta de cumplimiento de las leyes existentes en materia ambiental, etc. son ejemplos de la necesidad de un cambio en sistema social que permita paralizar el expolio que la naturaleza viene sufriendo.

En un primer momento esta crisis de régimen se trató de resolver con políticas de austeridad mediante todo tipo de recortes sociales y democráticos. Sin embargo, como hemos apuntado, los marcos legales y constitucionales le venían muy largos al capital y no le permitían recuperar la tasa de ganancia. Incluso a pesar de la mayor transferencia de rentas públicas que hemos conocido en las últimas décadas. La crisis financiera y especulativa, ha llevado a los poderes económicos a plantearse nuevas fórmulas de negocio, que se centran en el trasvase de recursos públicos a manos privadas. Esta estrategia se concreta en las políticas de austeridad y en la modificación de las normas legales que suponían un obstáculo a dicha esta estrategia. En este contexto, los sectores más decisivos de las clases dominantes (el sector financiero entre ellos) han tomado conciencia de que es inevitable un cambio político que ponga fin a un régimen totalmente desgastado y corrompido y por lo tanto inútil para sus intereses. Esta es la base de lo que se ha llamado segunda transición, que busca mantener los elementos centrales del sistema bajo nuevas formas políticas. Esta operación se ha iniciado con el plan de renovación de la monarquía y trata de completarse con un gran pacto de Estado entre las fuerzas del sistema.

La coincidencia de los efectos negativos en los niveles de vida de la mayoría de la población con una profunda crisis política, cuya expresión más notable en el Estado español es el resquebrajamiento del régimen del 78. Esta coincidencia de factores de crisis ha impregnado la estructura hasta tal punto que demuestra el agotamiento de un ciclo histórico también en lo que se refiere a los partidos políticos tradicionales. Los partidos políticos, con más o menos distorsiones, son la expresión organizada de los intereses materiales de las distintas clases sociales. El cambio en la sociedad ha sido tan profundo, las condiciones objetivas y las conciencias están sufriendo tales transformaciones, que se ha producido un desfase respecto no solo a las instituciones políticas, sino también respecto a los partidos. Estos siguen siendo una expresión del pasado, acostumbrados a gestionar un período de pacto social, y ahora un conflicto mucho más agudo los ha aislado de la sociedad. Más concretamente ha demostrado que ya no son instrumentos representativos de las respectivas clases sociales. Lo que podía parecer sólo un problema de la izquierda, de los partidos transformadores, se revela ahora también como un problema de los partidos del régimen.

Desde la transición no se producía algo como lo que estamos viviendo en estos momentos, en que el PP es un estorbo, en lugar de un medio útil, para los intereses del Ibex 35, debido a que el partido antepone sus intereses como aparato burocrático frente a los intereses generales de su clase social. Este conflicto no ha hecho más que empezar y afectará, o está afectando a todas las fuerzas políticas sin excepción, incluidos a los partidos de la derecha nacionalista, tradicionales aliados del bipartidismo. Es un factor de oportunidad, pues demuestra que la sociedad está abierta a la búsqueda de salidas frente a una situación de insatisfacción. La audacia política se convierte en una necesidad, pues son muy pocas las ocasiones en que se nos ofrece la oportunidad de construir de nuevo las fuerzas políticas contando con la participación activa, con la implicación de miles de personas, para construir un cauce que exprese las necesidades del pueblo trabajador.

Se podría decir que en la lucha de clases se ha producido tal cambio en las reglas del juego y en las condiciones objetivas que las clases necesitan rearmarse, desde luego las clases dominantes están poniendo todos los medios a su alcance, que son muchos, para reorganizarse. Tenemos la obligación de contribuir a reorganizar las fuerzas de la clase trabajadora, pues nos estamos jugando no sólo el futuro de nuestras organizaciones sino el futuro de las condiciones de existencia del pueblo trabajador en su conjunto.

Estos cambios han provocado con el paso del tiempo una rápida transformación del panorama político de nuestro país. En este marco, la gestión de los resultados de las Elecciones Generales del 20-D han puesto en evidencia que asistimos a una nueva fase de la crisis de régimen, que se manifiesta esta vez en forma de crisis de gobernabilidad. Esta crisis no se va a resolver solamente con la constitución de un nuevo gobierno, pues el sistema necesita un nuevo marco de partidos y un nuevo marco constitucional que le permitan consolidar las reformas realizadas desde 2010.

Relacionado con lo anterior, en este tiempo se han puesto en entredicho los métodos internos de los partidos políticos, a partir de una demanda de mayor participación y democracia interna. Las primarias se han institucionalizado como mecanismos que permiten expresar directamente la voluntad tanto de los militantes como de los simpatizantes, en función del ámbito de decisión. Pero también las consultas a la militancia han sido más habituales en este período que en los anteriores,

especialmente cuando se refieren a grandes decisiones. En esta línea, IU inició a finales de 2013 un proceso de reflexión por todo el país al que se llamó *Revolución Democrática y Social* que hay que lograr institucionalizar en la presente asamblea.

Un cambio de estas características necesita forzosamente del concurso y del protagonismo activo de todas las organizaciones sociales interesadas en disputar la hegemonía del sistema. Esta participación se convierte en estratégica, no coyuntural, no táctica y, por tanto, su organización y capacidad de propuesta organizada debe ser el eje de nuestra intervención política. Debemos actuar en el sentido de construir una organización pensada para la participación y la acción social, entrelazada con todos los movimientos opuestos al neoliberalismo.

La crisis del sistema de partidos es un síntoma de una crisis política de mayor envergadura: una crisis de régimen que pone en cuestión la legitimidad de todas las instituciones. Los votantes percibimos con claridad que en nuestros países occidentales los parlamentos tienden a convertirse en meros teatros de sombra, y que quienes mueven los hilos son las grandes empresas y la oligarquía. El poder de estas últimas es tal que doblegan a los gobiernos elegidos democráticamente, cuando no los compran directamente legal o ilegalmente para hacer y deshacer a su gusto. Este fenómeno, de largo aliento y en todo caso característico del capitalismo, se ha agudizado en los últimos años y especialmente tras las crisis económicas.

No obstante, si hasta ahora lo que se conoce como *democracias occidentales* han mantenido un gran respaldo ciudadano no es tanto por su constitución formalmente democrática, sino por sus resultados. Aunque fuera a costa de dejar al margen a mucha gente, sobre todo si abrimos la visión al conjunto del planeta, este sistema durante varias décadas ha dado resultados suficientes a una mayoría social en los países occidentales. Con enormes desigualdades en la participación en el reparto de la riqueza, por supuesto, pero con unos mínimos que permitían mantener el consenso en torno al sistema en sí. Sin embargo, parece que dicho consenso empieza a quebrarse porque los resultados en el reparto no son los mismos, y por tanto se cuestiona aquellas instituciones en las que habíamos delegado todo y se pone la lupa sobre ellas. Hay una toma de conciencia colectiva sobre la existencia de un robo generalizado que sabíamos que existía, pero que tolerábamos porque se vivía razonablemente bien. Se empiezan a romper, en resumen, consensos sociales y culturales que nos han mantenido encorsetados durante todo este tiempo.

También se ha producido un destacado giro cultural, especialmente entre la población más joven. Más insertos que sus mayores en las formas laborales y organizativas características del régimen de acumulación posfordista, sus formas de pensar la política se han demostrado muy diferentes y su comportamiento electoral, además, mucho más volátil y cambiante. Asimismo, son generaciones que no absorben con facilidad los rasgos propios de la cultura de la transición, la cual además no han vivido, y simpatizan mucho más con los nuevos movimientos sociales y sus reivindicaciones de carácter democratizador. Además, tienen también un fuerte componente de frustración respecto a sus expectativas profesionales y vitales como consecuencia de la crisis económica, democrática y social. Al mismo tiempo, existe un importante sector de la juventud, sin estudios superiores, especialmente golpeado por la crisis. Es este sector el que padece de manera más acuciante el desempleo de larga duración, el riesgo de exclusión social, y la ausencia de horizontes profesionales y vitales. Se trata de un sector juvenil que muestra una mayor desafección hacia la política y al que las

fuerzas políticas de cambio tienden a pasar por alto, centrando la atención en los sectores juveniles más formados e ideologizados. Atender las necesidades de este sector y realizar trabajo político en su seno es una de las tareas pendientes de IU y del conjunto de las fuerzas del cambio.

Igualmente se ha transformado tanto la arena política como sus códigos, debido fundamentalmente al proceso de espectacularización de la política y el predominio de lo mediático en la configuración de la opinión política. Cada vez es más evidente que el capitalismo es incompatible con cualquier forma de participación de la ciudadanía en la vida pública. Las tertulias televisadas sobre política y los programas en horarios de máxima audiencia han constituido la arena de batalla fundamental donde tiene lugar la discusión política moderna, con todas las implicaciones que ello conlleva. De una parte, la agenda política queda a merced de grandes medios de comunicación de propiedad privada y que sin duda tienen también intereses económicos y políticos. De otro lado, predomina la dictadura de la audiencia y el rasgo sensacionalista de la política, con su consecuente ejercicio de simplificación del mensaje político, la construcción de hiperliderazgos basados en la habilidad comunicativa y el dominio de lo estético.

En todo caso, y con independencia de que el sistema de partidos haya sido modificado por fuera y por dentro y en diverso grado, la disyuntiva entre restauración y ruptura en este momento de grave crisis institucional parece saldarse en beneficio de la primera. Estamos viviendo un proceso intenso de polarización social, pero con una característica clave: mientras la clase dominante se ha adaptado a los tiempos de crisis con cierta rapidez y aplica políticas implacables en defensa de sus intereses de clase, los partidos de la izquierda siguen aturridos entre la melancolía del pacto social y de un “estado del bienestar” que ya no volverá y la carencia de una alternativa global de sociedad frente al capitalismo. Pero el proceso objetivo empuja cada vez más a la necesidad primero de resistencia y después de ofensiva para recuperar los derechos perdidos, plantar batalla y ofrecer alternativa superadora.

Ahora bien, lo que hemos visto en los últimos años es un importante descenso en el número de movilizaciones sociales. Quizás la causa es el incremento de las medidas represivas por parte del Estado, quizás el cansancio o quizás la descapitalización de muchos movimientos sociales, pero lo cierto es que las calles se han ido vaciando a pesar de que las razones para manifestarse se han multiplicado.

Existe también un proceso natural, en que los intentos de transformación social cambian de terreno de lucha. Tras una ola de luchas magníficas, que tuvo su momento álgido y con mayor carácter de clase en las marchas de la dignidad de 2014, se abrió una gran expectativa de transformación en el campo institucional, con la esperanza de ganar las elecciones. Las transformaciones en la psicología de masas se producen esencialmente a través de la experiencia, y ahora está habiendo un intento en este terreno parlamentario y municipal ya que muchos de los dirigentes han exagerado las opciones del campo institucional. Las instituciones están hechas para mantener el *statu quo*, el orden social existente, y debemos colaborar a que esa importante conclusión sea visible para la mayor parte posible de las clases populares, empujando en lo posible hacia la movilización y la participación consciente.

En función de este análisis tenemos que situarnos en este escenario y saber entender que en medio de esta crisis de gobernabilidad se abre la posibilidad de acelerar las

contradicciones dentro del régimen. Contradicciones que permitan generar la movilización necesaria para la construcción de una opción de cambio de carácter rupturista. Para ello es necesario activar el despliegue de la organización que debe estar cada vez más centrada en la defensa nítida de un proyecto rupturista de salida a la crisis de régimen en beneficio de las clases populares.